

Academia de Buenas  Letras de Granada

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. DON MANUEL ÁNGEL VÁZQUEZ MEDEL

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

# CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. DON ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 14 DE ENERO DE 2008

GRANADA

MMVIII

*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
academiabuenasletras@hotmail.es  
*Imprime:* La Gráfica S.C.And. - Granada  
*Depósito Legal:* Gr-11/2008  
*I.S.B.N.:* 978-84-690-9049-7

# DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON MANUEL ÁNGEL VÁZQUEZ

MEDEL

*Juan Ramón Jiménez*  
y  
*Federico García Lorca*

Excmo. Sr. Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores:

**D**EBO manifestar mi agradecimiento a los miembros de esta Academia de Buenas Letras por su generosidad. Gracias a ella comienzo a formar parte de una institución a la que pertenecen algunos de los creadores a los que más admiro. Pocas Academias podrán preciarse de contar entre sus miembros con escritores de la talla ética y estética del Académico Honorario Excmo. Sr. D. Francisco Ayala y García Duarte y del titular de la letra L, Ilmo. Sr. D. Antonio Carvajal Milena, por sólo citar a los dos autores a los que me une la más entrañable amistad, pero haciendo extensiva la consideración a cuantos han sido elegidos por sus virtudes literarias. Pocas instituciones de Letras tienen entre sus académicos profesores universitarios del rigor intelectual y la finura para el análisis literario de que hacen gala quienes por tales condiciones accedieron a esta Academia, y me permitirán que mencione con especial afecto y admiración al Excmo. Sr. D. Antonio Sánchez Trigueros, al que considero a la vez maestro y hermano, en las letras y en la vida. Y, con él, al Ilmo. Sr. Secretario General, D. Antonio Chicharro Chamorro, porque nos une más de un cuarto de siglo de trato intelectual y humano.

No quiero dejar de mencionar en estos momentos otros dos motivos de gratitud y orgullo: por un lado, poder compartir el compromiso al que a partir de ahora me obliga este acto con el Ilmo. Sr. D. Eduardo Castro Maldonado, compañero, amigo y apoyo constante en esta etapa de mi vida, o

poder hacerlo en la estela de quienes ya nos abandonaron, como el Excmo. Sr. D. Francisco Izquierdo, que en mis juveniles años de coordinador general de la Gran Enciclopedia de Andalucía –que tanto le debe– fue mi introductor a una Granada posible o imposible, pero siempre fascinante.

Me han elegido miembro correspondiente por Huelva y deseo en mi discurso hermanar Granada y Huelva, la parte oriental y la occidental de la única y plural Andalucía, a través de dos poetas mayores del siglo XX: Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca. Permítanme que deje también aquí constancia de mi gratitud a mis maestros Jorge Urrutia y Rogelio Reyes, por haberme impulsado en la senda de la investigación juanramoniana, y a los Herederos de Juan Ramón, en las personas de Francisco y Carmen Hernández–Pinzón.

## I

Aunque no faltan aportaciones orientadas a subrayar el sincero, profundo y fecundo contacto literario entre Juan Ramón y Lorca, dos auténticas cimas de la poesía universal del siglo XX, carecemos aún de una mirada minuciosa, equilibrada y reveladora, a casi cincuenta años de la muerte del primero y más de setenta de la del segundo. Desde el año 1919 en que se conocieron personalmente, hasta la muerte de Lorca, hay muchos más testimonios de respeto, afecto, admiración (¡y exigencia!) que los que tópicamente se mencionan. Juan Ramón mantuvo, hasta sus últimos días, viva la memoria de Federico, con cariño, justicia y sin mistificaciones. Recordemos que incluso cuando la Academia Sueca le concede el Premio Nobel en 1956 vuelve a asociar los nombres de Juan Ramón, Antonio Machado y Lorca.

Ya tuve ocasión de recordar en mi edición de *Olvidos de Granada* que esta ciudad y todo su imaginario estuvieron muy presentes en Juan Ramón Jiménez desde su más temprana infancia –posiblemente por los vínculos de su padre con Granada–, y se convierten en emblemáticos en su primera juventud. Al recordar su viaje a la ciudad en 1924 afirmará: “Yo llevaba en mí, desde niño, la Granada de Gautier, una Granada oriental de lapislázuli, rubí y esmeralda de día, plata de noche recortada y preciosa, nítida, toda llena de aristas y de brillos”.

El día 29 de septiembre de 1899, *El Heraldo Granadino* ofrecía en su primera página uno de los primeros poemas conocidos de Juan Ramón, “Alborada”. Recordemos sus primeros versos, poderosa expresión de un modernismo parnasiano del que pronto se alejaría:

“Con matices de nácar y rosas,/ el cielo se pinta;/ las  
estrellas se van apagando, / tan solo titila,/ semejante a una  
luz de bengala, /a una lágrima santa y purísima, /el lucero  
más blanco, que anuncia/ la apacible llegada del día...”

Así se hacía presente, entre los lectores de la sociedad granadina, un joven Juan Ramón Jiménez, quince meses más tarde del nacimiento de Federico García Lorca. Poco después, en febrero de 1900, fechaba en Moguer el “Prólogo” a *Nieblas* de Tomás Domínguez Ortiz, al que pertenecen estas significativas palabras: “...La oriental Granada; la oriental Granada; la reina de la Andalucía; la soñadora reina coronada con guirnalda eterna de nieves y rosas; guirnalda en que una Primavera y un Invierno cantan juntos una canturía fresca y oliente; cetrífera, de cetro de oro y esmeraldas...”

Jiménez hace un canto a la amistad e invoca a Ganivet como ejemplo de fraternidad, valores que el moguereno siempre cuidó. Amistades granadinas que cultivó Juan

Ramón con esmero fueron –además de los Lorca– Manuel de Falla, Fernando de los Ríos y Melchor Fernández Almagro.

Estamos en la prehistoria literaria de Juan Ramón, y es bien conocida su evolución posterior, desde la publicación de *Ninfeas y Almas de violeta* hasta el momento crucial de madurez que supone el *Diario de un poeta recién casado*, que cambiaría el rumbo de la poesía española. En este nuevo escenario se sitúa el primer contacto entre el joven Federico y el maduro y reconocido Juan Ramón, indudable guía de la poesía del momento.

Desde *Jardines lejanos* –como afirma Azam– “podemos intuir en él la música e incluso vemos aparecer determinada imagen característica del mundo poético creado mucho más tarde por García Lorca (...) [Juan Ramón] fue el primero en adivinar la incomparable riqueza que podía brindar la tradición popular a la poesía para que se tornara realmente moderna y no sólo modernista (...) En su obra, la vena popular constituye una fase anunciadora de un tipo de poesía en el que destacan sus discípulos Lorca y Alberti”. Juan Ramón brota con tal pureza de manantial en la poesía española, que nutre los dos principales cauces de la joven generación que le sucedió: por un lado, la tradición popular que culmina en Alberti y Lorca; por otro, la poesía más intelectual y “pura” que, con distintas modulaciones, desarrollaron Guillén, Salinas, Aleixandre y Cernuda. Como ya señalara Rozas, de Juan Ramón parten dos líneas que culminan en *Cántico* y en *Poeta en Nueva York*.

## II

Federico –que conocía bien la poesía de Jiménez y a quien gustaba especialmente *Platero y yo*, según ha recordado Emilia



Llanos– ha dejado testimonio de su primer encuentro con el poeta en carta dirigida a su familia desde Madrid la primavera de 1919. En ella, además de comunicarles que “todos mis asuntos van a las mil maravillas”, relata el encuentro:

“Ayer estuve con Juan R. Jiménez que le encantaron mis cosas, hasta tal punto que me rogó se las dejase para leerse-las a su mujer./ Es un hombre muy neurasténico y muy entretenido. Decidle a [Miguel] Pizarro que esto sí que es pose admirable y rara. Me recibió con una bata negra con cordones de plata, en una butaca espléndida. Me ha invitado con mucha insistencia para que vaya a su casa y leamos y toquemos el piano. Hemos simpatizado”.

Juan Ramón, por su parte, ha dejado un testimonio distinto, en carta fechada el 21 de junio de 1919 y dirigida a Fernando de los Ríos: “...‘su’ poeta vino, y me hizo una escelentísima impresión. Me parece que tiene un gran temperamento y la virtud esencial, a mi juicio, en arte: entusiasmo. Me leyó varias composiciones muy bellas, un poco largas quizás, pero la concisión vendrá ella sola. Sería muy grato para mí no perderlo de vista”.

Pasado el tiempo, Juan Ramón recordará: “García Lorca vino a verme con carta de Fernando de los Ríos, y me pareció desde el primer momento un gran poeta en ciernes, ciernes que señan después esa gran poesía del *Llanto*, en que el mejor García Lorca culmina”. Javier Herrero, en su reciente estudio sobre “Los Lorca y Juan Ramón. Una amistad poética”, afirma: “Los Lorca tenían motivos de sobra para desvivirse con Juan Ramón. Él había hecho al Lorca poeta. Y no me refiero solamente ni principalmente a la enorme influencia en su arte, sino a que él le abrió el camino a su reconocimiento como artista en el difícil mundo de la vida intelectual madrileña”. Ian

Gibson, que refiere la visita como un éxito, concluye: “El encuentro sería fundamental para la carrera de Lorca”.

### III

En el tiempo que media entre el primer contacto (1919) y la especial ocasión para su mejor conocimiento y amistad que fue el viaje de Juan Ramón a Granada en 1924, encontramos varias referencias que avalan el aprecio entre ambos y la admiración de Lorca hacia Juan Ramón, expresada en su poema “Juan Ramón Jiménez” de *Canciones* (1921–1924).

El poema de Lorca recoge la preocupación dominante en la poesía de Juan Ramón en los años 20: una pureza que algunos tan mal comprendieron. Aquí el blanco, unido a la infinitud, expresa el anhelo juanramoniano de belleza, a través de diferentes motivos: nieve, nardo, salina, plumas de paloma, en los que deja inscrita su fantasía y su capacidad onírica el poeta moguerño, como una pura herida de temblor interior.

Lorca seguirá visitando a Juan Ramón y colaborando con él. Sabemos que en la primavera de 1921 está preparando con él la llegada de Tagore. Lorca monta en la Residencia la obra *Sacrificio*, que habían traducido Zenobia y Juan Ramón.

En carta de mayo de 1921, Lorca transmite una dedicación a la creación poética que reconocemos, plenamente, como de impronta juanramoniana: “se enfrenta uno con su propia obra y cada verso se torna ola inmensa que le envuelve a uno (...) Además, tiene uno el descontento de sí mismo y el ansia de superarse, cosa maravillosa de las almas puras que aspiran a un supremo contacto con la felicidad moral”. Luego informa de su proyecto de hacerse editor de su obra: “Un libro de versos, dice Juan Ramón Jiménez, es una joya que el que hace debe de ser responsable en todo”.

Juan Ramón ayudó cuanto pudo a que los primeros poemas de Lorca fueran publicados, y él mismo le publicó en *Índice*, revista fundamental para la promoción de los poetas jóvenes. Señalamos también la influencia que –a través de Juan Ramón– llega a Lorca del teatro irlandés de principios de siglo: el 2 de mayo de 1921 acude a la escenificación de *Jinetes hacia el mar* de John M. Synge, obra traducida por Zenobia y Juan Ramón y dirigida por Rivas Cherif.

#### IV

Un hito en la amistad entre Juan Ramón, Federico y la familia Lorca lo constituye el viaje a Granada, los últimos días de junio y primeros de julio de 1924, que dejó una profunda huella en un Juan Ramón maduro.

“Granada me ha cojido el corazón. Estoy como herido, como convaleciente (...) Este viaje ha sido para mí decisivo”, dirá a Isabel García Lorca. Más tarde, una carta a Federico, fechada el 24 de noviembre de 1924, testimonia esta intensa conmoción espiritual: “De Moguer –en julio– volví, atolondrado, indeciso, a Madrid. Como era de esperar, la nostalgia avivada de Andalucía me venció, y, en agosto, nos fuimos otra vez a Moguer, Sevilla, Córdoba. Y hubiéramos vuelto a Granada, cuyas montañas vimos vagamente desde lo alto de Sierra Morena. Pero, al segundo día de llegar a Córdoba, tuvimos un aviso telefónico de la madre de Zenobia, que estaba mal; y nos vinimos precipitadamente”.

Lorca también nos transmite su experiencia del viaje de Juan Ramón y Zenobia, en carta a Melchor Fernández Almagro fechada en Asquerosa, a finales de julio de 1924:

Ya estamos en el campo, después de haber pasado unos días en Granada acompañando a Juan Ramón y Zenobia. Éstos han estado verdaderamente satisfechos y maravillados de Granada. Juan Ramón ha dicho cosas agudísimas de la ciudad y ha trabado gran amistad con mi familia, pues ha pasado días enteros en casa. Sobre todo está entusiasmado con mi hermana Isabelita, a la que ya ha escrito una carta desde Moguer.

Zenobia estaba satisfechísima, la pobre, de ver al melancólico poeta lleno de alegría.

Juan Ramón me ha dicho que él tiene necesidad de verme constantemente en Madrid y me ha lanzado tristes y solapadas quejas de mi actitud respecto a él: ¡y tiene razón!

Ahora que le he tratado íntimamente he podido observar qué profunda sensibilidad y qué cantidad divina de poesía tiene en su alma. Un día me dijo: “Iremos al Generalife a las cinco de la tarde, que es la hora en que empieza el *sufrimiento* de los jardines”. Esto lo retrata de cuerpo entero, ¿verdad? Y viendo la escalera del agua dijo: “En otoño, si estoy aquí, me muero”. Y lo decía convencidísimo. Hemos charlado largo sobre las hadas y me he guardado muy bien de enseñarle las haditas del agua, pues esto no lo hubiese podido resistir.

La relación entre Juan Ramón y Lorca, aunque no muy intensa, debió ser buena los años siguientes. Conservamos la postal del Jardín de Lindaraja con la que felicitan a Zenobia y Juan Ramón la navidad de 1925 Federico, Isabelita y Conchita, con saludos de sus padres (Paquito está en Burdeos). El 16 de octubre de 1926, desde Granada, envían Federico y Emilio Prados una postal del Patio de la Acequia del Generalife a Juan Ramón con un abrazo cariñoso y saludos afectuosos para Zenobia. En julio del 27 son Federico y Salvador Dalí los que

envían a Juan Ramón una postal desde Cadaqués. Ese mismo año, el 17 de diciembre, firman una postal con los seises de Sevilla todos los integrantes del grupo invitado por el Ateneo para el Homenaje a Góngora, incluido Lorca.

El proyecto de *Olvidos de Granada*, publicado parcialmente en revistas y luego como libro en edición póstuma, acompañó siempre a Juan Ramón. En nuestra edición de *Olvidos* hemos fundamentado una interpretación como viaje iniciático hacia sí mismo, hacia la belleza y hacia lo inefable. A finales de 1945, desde Washington, escribe a la familia de Federico: “Nosotros no hemos olvidado nunca aquellos días de Granada, en que ustedes nos acompañaron, haciéndonos un doble paraíso de su ciudad maravillosa”.

## V

Entre 1924 y 1928 no se cumplieron, pues, los deseos de Juan Ramón de ver más a Federico.

1928 fue un año muy duro para Jiménez. También, y por razones distintas, para Lorca. El primero sentía la ingratitud y la incompreensión de los jóvenes a quienes tanto había ayudado y en quienes tantas ilusiones había puesto. Suele, además, pasarse por alto que el 18 de agosto muere en Madrid doña Isabel, la madre de Zenobia, y que sólo unas semanas después, el 1 de septiembre, fallece en Moguer doña Pura, la madre de Juan Ramón.

Para Lorca, 1928 es el año de la publicación de su *Primer romancero gitano*, esperada con impaciencia por sus amigos, pero también el de su ruptura con el joven escultor Emilio Aladrén. Conservamos testimonios epistolares de su estado de ánimo.

En 1928 escribe Juan Ramón la conocida caricatura lírica

de Lorca que más tarde sería recogida en *Españoles de tres mundos*. El retrato de Lorca se publicará con otros tres en *La Gaceta Literaria* en 1930, y Juan Ramón explica a Guerrero Ruiz (el 5 de noviembre) su génesis: “Se trata de cuatro retratos de *Poetas de antro y de dianche*, cuyo título me explica diciendo que él considera a estos poetas así, como que salen de cuevas o lugares extraños, demoníacos”. Aunque parece que el retrato no gustó a la Familia Lorca, Guerrero refiere el 11 de febrero de 1931 que el día anterior se encontró con Federico, que le preguntó por Juan Ramón “diciéndome que estaba queriendo ir a verle para darle las gracias por el retrato, que le había gustado muchísimo y deseaba poner al frente de uno de sus próximos libros”.

De 1928 es también el texto “Federico García Lorca, después”, que ofrecí en apéndice en mi citada edición, en el que reprocha los elogios fáciles de los que se llaman sus amigos, que le impiden ofrecer lo que él podría.

En un texto de *Estética y Ética Estética*, sin lugar a dudas de 1928, Juan Ramón reitera: “Lorca tiene valor y originalidad, pero no está hecho. Sus romances tienen trozos buenos, pero son abiertos, deshechos, inconsecuentes. Creo que los amigos de Lorca hacen mal en exaltarlo de ese modo, porque con ello no hacen sino contribuir a su desmoralización y abandono”.

En 1928 escribe Lorca su “Antología ‘Modelna’”, parodia de los principales poetas de su tiempo. El texto atribuido a Juan Ramón es el siguiente:

Juan Ramón Ximénez

35

ESCOJIDO Y TÚ

No quiero ser –y soy–/ noche malva en mí mismo./ ¿Y soy?  
Niño ¿de qué?/ Noche triste ululante./ agujero en la tela rasga-  
da/ de tu esencia –no importa–/ enajenada.

y 36

No. Si te has ido de gala en la Obra./ Que la Obra se per-  
fecciona en el fuego/ y lo demás es sucio./ Estáte quieto.

AFORISMOS

Sí en el sí y para mí.

La Antología “Modelna” revela un excelente conocimiento de la cosmovisión y el estilo de cada uno de los poetas recogidos, así como del fino sentido del humor de Lorca. Comienza el poeta granadino por mortificar al “cansado de su nombre” en su nombre, que es aquí “Juan Ramón Ximénez”. También ironiza con la costumbre juanramoniana de enumerar sus poemas y fragmentos (¡35 y 36!), así como en un sintagma que, tras *Platero y yo*, había sido objeto de todo tipo de burlas ante quienes consideran a Juan Ramón como la quintaesencia de los “putrefactos”. “Escojido y tú”, con la peculiar ortografía juanramoniana, pone el acento en esa voluntad del poeta de lo selecto, lo “escojido”, la pureza poética. Son varios los indicadores de ese supuesto “egocentrismo juanramoniano”, tan mal entendido por algunos: el uso de verbos en primera persona en el primer fragmento, así como los indicadores “en mí mismo” y “para mí”. En tan pocas palabras, se recogen algunos de los temas y motivos centrales en la obra del moguerense: la voluntad de ser (o no ser), la Noche, el Niño, la esencia, la Obra acrisolada por el

fuego, la pureza frente a lo sucio. Incluso las interrogaciones o el adjetivo “malva”, son claros marcadores del estilo de nuestro poeta. Vemos en el coloquial “estáte quieto” una innegable referencia paródica al “¡No le toques ya más, /que así es la rosa!”, “El poema” que comienza *Piedra y cielo*.

Lorca conocía bien la poesía de Juan Ramón, y creemos que –incluso en la parodia– la respeta. Es probable que entienda como una alusión a sí mismo ese irse “de gala en la Obra”, como reproche ante la perfección y pureza que de un poeta se espera.

## VI

Cuando, con perspectiva futura, se contemple la creación poética en lengua española en el siglo XX, *Diario de un poeta recién casado*, de Juan Ramón, y *Poeta en Nueva York*, de Lorca, serán considerados como parte de lo mejor de la literatura universal que aún llamamos contemporánea. Juan Ramón y García Lorca encontrarán su más adecuado lugar junto a Yeats, T.S. Eliot, Ezra Pound, Paul Valéry, Ungaretti, Montale, Rilke, André Breton o Fernando Pessoa, por sólo citar a algunos de los grandes creadores que les resultaron coetáneos.

A la crítica no ha pasado inadvertida una circunstancia que se encuentra en el trasfondo de ambas obras: tanto el *Diario* como *Poeta en Nueva York* son consecuencia del contacto de sensibilidades poéticas excepcionales con la gran metrópolis, emblema de la modernidad: un viaje iniciático hacia el hoy, hacia la modernidad encarnada en la *civitas hominum* neoyorquina. Que el tono y el alcance poético de una y otra obra sean profundamente distintos no es obstáculo para apreciar importantes paralelismos y, en el caso de *Poeta en Nueva York*, alguna deuda para con el *Diario*.



Sabemos que la experiencia personal del viaje y la estancia en Nueva York marcaron para siempre, vital y estéticamente, a nuestros poetas; que ambos emprenden su personal aventura en un momento de encrucijada emocional y con una edad similar (treinta y cuatro años Juan Ramón, treinta y uno Lorca); que 1916 y 1929 no son años cualesquiera en la evolución del mundo contemporáneo ni de la urbe neoyorquina (en plena Gran Guerra, en 1916, en pleno crack de la Bolsa, en 1929); que ambos adoptan una actitud crítica con una ciudad deshumanizada que, por otra parte, les fascina en muchos aspectos; que —con algunas diferencias— los poemas que reflejan esta íntima e intensa experiencia fueron escritos con una gran proximidad a los hechos que los suscitaron; que ambos pensaron dividir los materiales poéticos de la experiencia neoyorkina en dos libros distintos, con títulos, por otra parte, muy relacionados...

Sin embargo, las diferencias entre una y otra obra son muy notables: entre 1916 y 1929 ha cambiado el panorama literario en Europa y en América. En España, en gran medida, gracias a la influencia del *Diario*, cuyas huellas en las *Canciones* de Lorca son claramente perceptibles. La distancia entre 1916 y 1929, una vez adquiridos los logros expresivos del *Diario*, es infinitamente menor para Juan Ramón que para Lorca, dos poderosas personalidades, tan distintas.

La mayor radicalidad de la crítica social lorquiana no se debe sólo (si así fuera) a la existencia de una conciencia más comprometida y solidaria con los más débiles, frente a un supuesto idealismo de torre de marfil de Juan Ramón, que nada tiene que ver con la verdad. Además de las considerables diferencias en los estados de ánimo que catalizan la mirada crítica de uno y otro, no debemos olvidar que, como ha señalado Millán, “la visión de la gran urbe, como signo de

progreso de ultraístas y creacionistas, es sustituida, a finales de los años 20, por una consideración negativa, que ve en la metrópolis un mundo adverso para el hombre, destructor de los valores genuinamente humanos”. Si Lorca no hace más que adscribirse a esa nueva línea crítica, encontrando en ella por otro lado el trasunto de un universo afectivo roto, Juan Ramón, a pesar de haber resuelto –al menos transitoriamente– su conflicto personal de crecimiento y madurez, anticipa su mirada crítica y marca con su sello propio una tradición de duras consideraciones para con la ciudad.

## VII

A finales de 1930 Juan Ramón proyecta unos *Cuadernos* y, además de la “Elegía a Fernando Villalón” de Alberti, piensa que “se podía contar con Aleixandre, Lorca, Cernuda, Altolaguirre, y con los jóvenes”. Juan Ramón está atento a cuanto sucede en su entorno, y jamás somete su reacción crítica a prejuicio alguno: “a mí para esto no me importa lo personal y que ellos estén más o menos alejados de mí” (23 de febrero, 1931). El 18 de diciembre de 1931, a propósito de un artículo publicado por Cernuda en *El Sol* sobre Moreno Villa, opina que “No tiene sentido lo que dice de los cinco o seis andaluces que están por el mundo y se ve que va contra Lorca, Alberti, y también contra los mayores, ya que la poesía pura a que alude al principio es la de Guillén y, en parte, la de Salinas. En resumen, le ha causado una mala impresión el desdichado artículo, y Cernuda ha dado hoy un gran bajón en su concepto”.

El 22 de junio de 1931 –según testimonio de Guerrero– “pregunta si he visto el nuevo libro de Federico García Lorca, que aún no conoce más que por los anuncios de la prensa y las gacetillas de sus amigos llamándole ‘el más alto

valor de Andalucía’, ‘el único poeta que sabe hacer eterno lo moderno’, etc. Se lo ofrezco, pero dice que no, pues lo pedirá a León Sánchez; al fin estos libros conviene tenerlos aunque no sea tanta su importancia como dicen esos anuncios”. El nuevo libro es *Poema del cante jondo*, publicado en editorial Ulises. Ya en julio –suponemos que habría leído también algunos poemas recién publicados de *Poeta en Nueva York*– se reafirma en su idea de que lo mejor de Lorca está en el *Romancero*.

Los últimos años de Juan Ramón en Madrid antes del exilio son muy duros en sus relaciones con los ya no tan jóvenes poetas. Bastará, para hacernos una idea de ello, la nota necrológica que redacta sobre sí mismo: “J.R.J. murió en 1934, a los 52 años de edad y cuarenta de vida poética, asesinado por un grupo de sus discípulos españoles, que no pudieron esperar con calma su sucesión”.

Sin embargo, con Lorca nunca pierde del todo el contacto. El 10 de abril de 1932, comenta a Guerrero Ruiz: “De los mayores nada sabe, excepto de Lorca a quien en esta temporada ha encontrado alguna vez”. No pierde ocasión para perfilar y matizar su opinión sobre el granadino, como cuando, a propósito de un conocido artículo de J.J. Domenchina en *El Sol* sobre los poetas de 1913 a 1931, discrepa sobre que el mejor libro de Lorca sea *Canciones*, y se reitera en que el punto más alto de su poesía está en el *Romancero gitano*.

## VIII

A Juan Ramón le sorprende la noticia de la muerte de Federico camino del exilio. Su conmoción es extraordinaria y en los años posteriores estuvo presente en varios homenajes en memoria de Lorca. El texto “Un cárdeno granadí” recoge ajustadamente el sentimiento del poeta.

En 1945 volverá a recordar: “cuando leímos la inesperada noticia de la muerte de nuestro buen amigo, que tanto nos impresionó, pensamos en el acto ir al funeral. Nos dimos cuenta por *La Prensa*, que llega retrasada casi siempre, que ya no era posible (...) Todos los días, desde su gran desgracia, les hemos tenido en el pensamiento y en la conversación (...)”.

A la altura de 1936–37, “Por las Antillas”, como reza su importante texto “Crisis del espíritu en la poesía española contemporánea (1899–1936)” escrito en Cuba, Juan Ramón es justo en su apreciación de los jóvenes poetas que siguieron su estela y afirma: “Los más señalados, Federico García Lorca y Rafael Alberti, otros dos andaluces, roban a lo circundante sucesivo, de la mina de la vida tropezada, su “inspiración”. No espíritu tampoco o todavía, ni ya inteligencia escueta: movimiento sensual, color directo, imaginación generosa, ritmo oleante, asimilación pintoresca, sucinta anécdota menos abstracta, gracia de sentidos (...) Estos dos poetas significan lo más raudaloso, incontenible, derramado natural de la poesía española después de Moreno Villa (...) Con Alberti y Lorca aumenta el tumulto, circula la variedad, salta nerviosa la fibra muscular de la poesía española”. Cuando visita en Cuba a Dulce María Loynaz encuentra “el vaso de cristal, grande, en el suelo, donde Federico García Lorca bebió limonada, con estalactitas y estalagmitas y arañas presas a su vez. (¡Ah, sí, ahora supe de golpe de dónde salió todo el delirio último de la escritura de Lorca!)”.

Es como si Juan Ramón encontrara la sombra de Lorca allá por donde va. Así le ocurriría durante su viaje a Argentina de 1948, en el que la revista *España Republicana* ofrece una entrevista: “Hemos evocado a Fernando de los Ríos, el sutil socialista granadino, que en tierras yanquis ago-

niza en su pasión humanista por una España Libre, y al desaparecido Azaña; y al gran Unamuno, muriendo con el dolor de España en el tuétano de los huesos; y al inmenso Antonio Machado, cuyos ojos moribundos atalayaban, desde la playa francesa de su éxodo definitivo, las cumbres nevadas del Pirineo esquivo... y al pobre y genial Federico García Lorca, asesinado en su tierra natal...”.

En una de sus conferencias de Buenos Aires, Juan Ramón evoca con cariño a Lorca: “Federico García Lorca, el cárdeno poeta granadí, paisano como yo del duende y el ángel, escribió una preciosa *Teoría y juego del duende*, llena por todas partes de chispa duendina algo angelista”.

En 1949 se interesa por el libro de Guillermo Díaz-Plaja *Federico García Lorca: estudio crítico*, que Zenobia solicita el 24 de julio, desde Riverdale, a Juan Guerrero. En carta a José Luis Cano (probablemente de 1949–1950), Juan Ramón vuelve a Lorca para reconocer su teatro palpitante, pero marca su distancia con el *Romancero gitano*, que cree expresión de una Andalucía de pandereta, y motivo fundamental de la difusión de Lorca en el extranjero

El 23 de abril de 1954 Juan Ramón ofrece una de sus últimas conferencias en el Paraninfo de la Universidad de Puerto Rico, “El romance, río de la lengua española”. Ofrece allí interesantísimas ideas. Juan Ramón opone el Romancero general, de impronta popular, al romancero artístico, en el que sitúa a Lorca. Juan Ramón no desea menoscabar el valor y la aportación de Lorca al desarrollo del romance, sino trazar la línea de lo que llamaría en otros escritos lo popular frente a lo popularista. Juan Ramón procura, como crítico literario, ser ecuánime, y por ello añade a su consideración de los romances lorquianos: “Sería injusto no señalar uno, el mejor entre

los que Lorca tiene en otros libros, en la corriente propia del romance, y que determinan un mejor movimiento sucesivo. Me refiero entre otros a la “Canción del Jinete”.

Juan Ramón no puede evitar su emoción al transcribir el poema: “Por el camino que lleva este romance se puede llegar a donde sea, viniendo o yendo, nadando plenamente un río o nadando llanamente sobre el agua (Este es el milagro poético de Jesús de Nazaret). El agua es camino tan bueno como las orillas, y si no que se lo pregunten a un barquero esencial”. Unos días después (9 de mayo de 1954) Zenobia deja testimonio de la preocupación que tenían por la búsqueda de los restos de Federico...

Barqueros esenciales de la poesía española (¡y Universal!) del siglo XX, Juan Ramón y Lorca, Lorca y Juan Ramón. significan lo más elevado de Huelva y Granada, de Andalucía, de España y de la Humanidad... Haber entretejido en mi voz sus palabras verdaderas es la mayor satisfacción que puedo sentir en este momento de altísimo honor para mí, en el que ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada.

No he de reiterar cuánto me emociona que sea el Profesor Sánchez Trigueros, nieto del poeta José Sánchez Rodríguez –al que Juan Ramón escribía el 7 de abril de 1900 “Usted es el único poeta andaluz que ha sentido la poesía andaluza; la Andalucía de Rueda, de Reina, de Reyes, es falsa; usted solo ha hecho una Andalucía hermosa, real, melancólica, sinceramente sentida y escrita” –, a quien corresponde responder a este discurso.

Permítanme que termine con palabras de Juan Ramón que quiero dirigir expresamente a ustedes:

“Gracias, te las doy siempre. ¿A quién las doy?

A la belleza inmensa se las doy”

Muchas gracias.

MANUEL ÁNGEL VÁZQUEZ MEDEL  
Huelva, 1956

Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Sevilla. Presidente de Honor de la Asociación Andaluza de Semiótica. Premio a la Excelencia Docente por la Univ. de Sevilla. Ha sido distinguido con los Premios Saltés y Aljarafe de Ensayo, Internacional de Ensayo sobre Teatro Contemporáneo, Premio Internacional Intercampus de Investigación en la Red (2004) y de dirección de Tesis Doctorales en Red (2005). “Perejil de Plata” de la Fundación Juan Ramón Jiménez (2005). Ha sido Director del Aula “Ortega y Gasset” de la UIMP Vocal del Consejo Asesor de RTVA, en la actualidad es el primer Presidente del Consejo Audiovisual de Andalucía.

Ha sido Director del Departamento de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Literatura, del Grupo de Investigación en *Teoría y Tecnología de la Comunicación* y del Programa Interdisciplinar de Doctorado en Estudios Culturales “Literatura y Comunicación”. Ha contribuido a la puesta en marcha de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Sevilla, así como Director-fundador de Departamento de Comunicación.

Autor de publicaciones especializadas en los ámbitos filológico y comunicacional, ha publicado: *El campo andaluz en la obra de Juan Ramón Jiménez* (1981), Premio Aljarafe de ensayo; *Poesía y Poética de Fernando de Herrera* (1983); *Fundamentos de Poética Española* (en colaboración, 1986); *La Identidad Cultural de Andalucía* (1987), *Historia y Crítica de la reflexión estilística* (1988); *Fernando Pessoa: Identidad y Diferencia* (1988), *La Galaxia Gutenberg frente a la galaxia*

audiovisual (1989), *La construcción cultural de Andalucía* (1994), *Mujer, Ecología y Comunicación en el nuevo horizonte planetario* (1999), *El deseo, la rosa y la mirada. Poesía y Poética de Luis Cernuda* (2003), *La urdimbre y la trama. Estudios sobre el arte de narrar* (2005), *El Poema único. Estudios sobre Juan Ramón Jiménez* (2005), *Rafael Alberti y Andalucía* (2005), *Francisco Ayala. El sentido y los sentidos* (2007).

Ha sido editor científico y coautor de *Así se contó la Guerra. Televisión y espectáculo informativo* (1991), *Lectura e interpretación de Estatua con palomas* (1994), *Le personnage romanesque* (1994), *El universo plural de Francisco Ayala* (1995), *Luis Goytisolo: el espacio de la creación* (1995), *Francisco Ayala y las Vanguardias* (1998), *Francisco Ayala: el escritor en su siglo* (1998), *Francisco Ayala, escritor universal* (1999), *La obra periodística y ensayística de Rafael Sánchez Ferlosio* (1999), *La semiótica actual* (2001), *Mujer, Cultura y Comunicación: Realidades e Imaginarios* (2002), *Teoría del Emplazamiento. Implicaciones y aplicaciones* (2003), *El tiempo y yo. Encuentro con Francisco Ayala y su obra* (2004), *Francisco Ayala y América* (2006).

Ha preparado las ediciones de *Como el agua en la yedra. Antología esencial de Pablo García Baena* (1998), *Los eruditos a la violeta y el Suplemento a los Eruditos* (1999) de José Cadalso, de *Antología Poética* (1999) y *Olvidos de Granada* (2002) de Juan Ramón Jiménez.

Recibió en 1983 el Premio de Poesía Odón Betanzos por *Memorial en la Palabra* y en 1984 el Premio Antonio Machado por *Ciudad Sumergida*. Publicó en 1994 su primer libro de poemas, *Pájaro de la noche*.



CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. DON ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS

Excmo. Señor Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores:

Por la tarde, en abril, iremos paseando... / Tras los árboles verdes, encenderá el ocaso / púrpuras y nostalgias que den al sentimiento / una cadencia vaga de armonía y de anhelo... / Y la amistad, constante, estará entre nosotros / como una luz eterna que ate los sueños rotos / y ponga, en la tristeza sin fondo de la vida, / claras serenidades y glorias inmarcitas...

**C**OMIENZO mi contestación con estos versos de quien empezó a unirme en la amistad, para expresar con palabras de relieve los sentimientos que han ido creciendo entre nosotros a lo largo de tantos paseos fecundos por muchos rincones de España y Europa. Nuestra amistad se ha ido forjando clara y profundamente, y con el tiempo ha devenido en una auténtica hermandad, de la que han surgido muchas ideas, proyectos y realidades, que han fortalecido un vínculo indestructible en las alegrías y en los desengaños.

Pero es evidente que no estoy aquí para hablar de unas relaciones personales, que no han sido la causa determinante de que te propusiéramos un día como Académico correspondiente. Lo verdaderamente determinante ha sido tu prestigiosa y reconocida personalidad como intelectual libre, como excelente profesor universitario, y sobre todo como investigador de primera línea y destacado escritor: *vir bonus loquendi, dicendi et scribendi peritus*, porque en ti se reúnen bondad, conocimiento y buena escritura, que has sabido proyectar con relevancia, humanidad, independencia y generosi-

dad hacia tu entorno. Decía Ramón Gómez de la Serna que “escribir es galopar y galopar” y tú has galopado mucho y bien por diversos caminos de la cultura. Tu trayectoria de investigador es un modelo para todos, como atestiguan tus brillantes estudios dedicados a la obra de grandes poetas, clásicos y contemporáneos, como Juan R. Jiménez, Herrera, Alberti, Pessoa, Cernuda; tus abundantes trabajos, muy reconocidos, sobre diversos temas directamente relacionados con el periodismo, la comunicación audiovisual y los estudios culturales; y tus aportaciones al conocimiento de la compleja y variada obra del autor de *Muertes de perro*, al que has dado una proyección nueva, original y universal; por cierto, una fructífera fascinación que los nuevos *usurpadores* te han pagado con falsas monedas.

Hoy nos has ofrecido aquí el adelanto de una investigación en la que por primera vez, de forma sistemática y muy documentada, empiezas a poner orden en los múltiples datos y testimonios dispersos sobre las relaciones literarias y personales entre Juan Ramón y García Lorca; un tema que me interesa mucho y que fue objeto de mi seminario en La Rábida en 1998; por eso quiero contestarte, como muestra de agradecimiento por tu esfuerzo, con la aportación de un par de datos que pueden ser interesantes en la reconstrucción completa de esas relaciones: se refieren a unos primeros momentos en que las firmas de ambos poetas aparecen juntas en dos publicaciones, una revista y una antología, coincidencias que debieron de llenar de gozo y alegría al joven poeta de Granada.

La primera coincidencia de firmas nos la encontramos en el *Boletín del Centro Artístico y Literario de Granada*, en el número de “Homenaje a Zorrilla” (21 de febrero de 1917), donde se encuentra el primer texto publicado por García Lorca: la prosa titulada “Fantasía simbólica”, compuesto especialmente para este homenaje. A lo que parece, este número especial, muy lujoso de ilustraciones y papel, fue gestionado por Fernández Almagro y Gallego Burín, que fue el encargado de solicitar una colaboración a Juan Ramón Jiménez, y este envió uno de sus “sonetos espirituales”, libro que estaba a punto de salir de imprenta; se trata del soneto titulado “Árboles altos”, que iba precedido por la carta de contestación del poeta. En ese número especial colaboraron también, entre otros, Manuel Machado, Rodríguez Marín, Hazañas y la Rúa, Nicolás María López y José Fernández Montesinos.

El segundo lugar de coincidencia ocurre dos años después de la primera visita de Lorca a Juan Ramón, cuando corría el año 1921, quizás el más importante de la vida literaria del granadino, pues en él no sólo publica su primer volumen de versos, *Libro de poemas*, sino que además es el año en que están fechados textos que van a formar parte de cuatro de sus libros poéticos posteriores: *Canciones*, *Romancero gitano*, *Poema del cante hondo* y *Primeras canciones*. Pues bien el día 10 de septiembre de ese año aparece una brevísima pero significativa antología de “Poetas españoles contemporáneos” que da cuerpo al número 300 de *La novela corta*, la célebre colección literaria de cuadernillos de amplia tirada. Es esta la primera antología en la que aparecen juntos nuestros dos poetas y es además la primera antología en que figura el

joven Lorca, que con sólo un libro de versos ya ha sabido atraer la atención. De Juan Ramón se seleccionaba el poema “A Isaac Albéniz en el cielo de España”, de *Laberinto*, y del joven granadino se recogía “Balada de la placeta”, del tomo recién publicado. La nómina completa de poetas seleccionados en esta brevísima antología, con los que se codea el joven Lorca, la formaban, entre los mayores, Valle, Villaespesa, Carrere, Rueda, Unamuno, Marquina, Pérez de Ayala, Manuel Machado, Antonio Machado, Juan R. Jiménez, Martínez Sierra, Enrique de Mesa, Vicente Medina, Luis de Tapia, Díez-Canedo, Pedro Luis de Gálvez, Tomás Morales; de los jóvenes sólo están Espina, Bacarisse y García Lorca, los dos primeros mayores que el granadino, único representante aquí del célebre grupo poético de los años veinte. Meses antes Adolfo Salazar en *El Sol* había señalado los dos referentes poéticos entre los que se movía el primer libro del granadino: la poesía popular y la presencia de Juan Ramón, “de ambos influjos –escribía Salazar– proviene, acaso, la exquisita mezcla de aristocracia y popularidad que tiene la poesía de Lorca”.

Y acabo ya mi contestación a tu soberbio discurso. Querido Manuel Ángel, con estos dos apuntes, que te entrego, recibe mi más profunda felicitación por todo lo mucho y bueno que has hecho hasta ahora y en nombre de la Academia de Buenas Letras de Granada te doy la bienvenida a esta institución que se siente muy honrada de contarte entre sus miembros a partir de este momento glorioso. Larga vida a la Academia.

Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada,  
el 24 de diciembre de 2007,  
CXXVI años del nacimiento  
del poeta Juan Ramón Jiménez,  
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,  
Bibliotecario de la Academia

Granada,  
MMVII